

Mensaje Final de la Decimo Primera Caminata (2004)

En los últimos años en nuestro país nos hemos acostumbrado a hablar de la pobreza como un dato más de nuestro vivir cotidiano.

La pobreza no es una idea, ella existe en los millones de personas que la padecen y han sido marcadas en sus rostros, en sus miembros y en todo su ser de por vida. Es parte de nuestro paisaje, los niños tirados en el piso, durmiendo en la dureza y el frío de la calle, sucios y abandonados.

Pero peor es que ya no nos duela ver a estas personas capaces de trabajar y de estudiar mendigando o revolviendo la basura. Nos acostumbramos a ver niños cartoneando o haciendo jueguitos para recibir algo a cambio. Todo para tratar de acceder a ciertos bienes básicos que permitan un sostenimiento por el día que se vive y no para una vida digna.

También nos encontramos con un número importante de personas mayores que enfrentan diversas dificultades y que experimentan la soledad y la falta de los recursos necesarios.

La pobreza a la que nos referimos habla de exclusión, de estar fuera, de no pertenecer, de no contar para las estructuras sociales, de no ser parte.

Las personas con discapacidad también sufren la exclusión, no solamente los que viven en lugares pobres. La mayoría experimenta el no poder acceder a los bienes específicos que necesitan. Tampoco son tenidos en cuenta en las políticas nacionales. Son los grandes desconocidos por la sociedad. Son los grandes olvidados. Ante ellos la mayoría de los dirigentes suelen mirar hacia otro lado.

¡Cuánta más exclusión, si no hay estimulación temprana, si no hay rehabilitación ni salud!

¡Cuánta más exclusión, si no hay propuestas educativas adecuadas ni posibilidades de trabajo!

¡Cuánta más exclusión, si no hay posibilidad de acceso al transporte, ni oportunidades de comunicación adecuada!

¡Cuánta más exclusión, si no hay rampas ni elementos de apoyo!

No se puede hablar de sociedad para todos cuando hay muchos excluidos, cuando son muchos los que no pueden acceder a los bienes básicos que les permitan vivir dignamente.

¡Cómo decir que se gobierna para todos cuando no se tiene en cuenta a muchos! El olvido de las personas con discapacidad en las políticas de los gobiernos es discriminación

El silencio que la sociedad hace ante las personas con discapacidad y su situación de exclusión es una manera de aislarlas. Y así la vida no es vida, sino un simple transcurrir.

Aunque nos duela reconocerlo, preguntémosnos si no somos una sociedad desintegrada, que no respeta la dignidad de cada persona en su diversidad y que acepta con indiferencia que muchos no participen.

Exijamos respuestas a nuestros dirigentes: ¿Qué saben de esta realidad? ¿Por qué la inversión pública en esta temática no es significativa? ¿Qué lugar ocupa en los planes de los gobiernos?

Mirémonos a nosotros mismos, ¿Dónde están nuestros vecinos con discapacidad? ¿Nos acercamos a ellos? ¿Qué hacemos para que acceder al transporte? ¿Exigimos que las calles, los bares, los cines, los edificios de uso público, etc. sean accesibles? ¿Qué hacemos para que haya trabajo para las personas con discapacidad? ¿Aceptamos que haya niños o jóvenes con discapacidad en el colegio de nuestros hijos?

Si la sociedad no es accesible para todos en todos sus ambientes y oportunidades existentes, ella no está integrada, ella está profundamente dividida en la suerte que viven muchos individuos.

No aceptemos que esto sea algo imposible de cambiar, demos un paso hacia delante exigiendo respuestas y descubriendo a las personas con discapacidad presentes a nuestra lado.

No esperemos que solamente otros hagan, hagamos nosotros. La realidad nos muestra que juntos podemos hacer algo, dar un paso hacia delante y hacer fuerza para no retroceder.

Que Dios nos bendiga con su paz.